

dose las avanzadas rusas á la vista del adversario. Pero este avance del centro japonés ha debido despertar temores de una maniobra más general, porque á partir del día 12 la caballería Michtchenko, que cubre el ala izquierda rusa, ha vuelto á ponerse en movimiento, reanudando el contacto con los japoneses y no cesando de explorar en todos sentidos el terreno.

Nada se dice de movimientos de tropas en la región oriental ó de Kirin, ni en la occidental fronteriza de la Mongolia; y es posible que ignoremos las maniobras de las alas de ambos ejércitos hasta que tenga lugar otra batalla.

Aunque la iniciativa del Presidente Roosevelt hace vislumbrar una solución pacífica al conflicto, la verdad es que no estamos siquiera en los preliminares de la paz, ni será posible adivinar si continuará ó no la guerra en tanto Rusia no conozca las proposiciones del Japón. Estas serán tanto mayores cuanto más se consolide la situación del ejército japonés de la Mandchuria, y mayores las probabilidades de conquistar rápidamente la plaza de Vladivostok.

El asedio de este punto requiere una larga preparación y la organización preliminar de una base de operaciones, de modo que el ataque á la plaza no es tan inminente ni está tan próximo como muchos creen.

Descartado por el momento este peligro, el más inmediato y que mayor influencia ejercería en las negociaciones diplomáticas comenzadas, sería la derrota de Linevitch; pero así mismo una victoria de éste alentaría de tal modo á Rusia que es probable que la guerra se prolongara largo tiempo. Como quiera, en las circunstancias actuales la derrota de los rusos sería más fatal para Rusia que la de Oyama para el Japón, por lo cual es lógico que Linevitch se muestre más prudente que su adversario.

Desde la batalla de Mukden Rusia no ha enviado al teatro de la guerra unidades orgánicas, aparte de algunos cuerpos especiales y de varios regimientos de caballería. Todos los refuerzos han consistido en reservistas y en grupos sacados de los regimien-

tos europeos, de modo que el Ministerio de la Guerra ha procurado únicamente que el ejército de la Mandchuria esté al completo de sus efectivos, sin aumentar el número de unidades. Este proceder, diferente del seguido hasta Marzo último, indica que en los centros directivos de San Petersburgo no se abrigan ya propósitos de ofensiva, sino que se tiende á consumir las energías y fuerzas del Japón. Y parece confirmada esta creencia por la actitud de Linevitch, quien no ha vacilado en replegar sus avanzadas en cuanto el enemigo ha iniciado el avance.

No estamos, sin embargo, en vísperas de una retirada lenta y metódica hasta Kharbin, porque el generalísimo ruso no puede prescindir de cubrir á Vladivostok contra una acometida por el O., ni es admisible que abandone fácilmente Kirin, población importantísima en la que se encuentran abundantes recursos que bastan á satisfacer las necesidades de un ejército de 250.000 hombres. Perdida Kirin la cuestión de abastecimientos alcanzaría caracteres muy graves, y parte del material del transiberiano que hoy se emplea en el transporte de tropas habríase de destinar á la conducción de provisiones.

Se encuentra por consiguiente Linevitch en un caso más delicado y de mayor dificultad que aquellos en que se vió su antecesor, porque si por una parte ha de rehuir en lo posible una batalla formal, por otra debe proteger á Vladivostok y mantenerse en Kirin. Mucha cautela y habilidad se requieren para salir airoso de la prueba á que va á ser sometido, si los diplomáticos no llegan pronto á un acuerdo; pero esa mesura y prudencia han de brillar en el proceso estratégico de las operaciones futuras, y no inspirar las soluciones tácticas. Hora es ya, y así lo imponen las circunstancias, de que en el campo de batalla la timidez y el espíritu de conservación cedan su lugar á la energía y á la resolución.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

16 Junio, 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Los preliminares de la guerra, por F. Larin.—La guerra del Extremo Oriente y la crítica de «The Times», por J. A.—En defensa de Rojdestvensky, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Enseñanzas de la batalla del mar del Japón.—La escuadra rusa en Kam-ranh.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Cementerio ruso en Mukden

LOS PRELIMINARES

DE LA GUERRA (1)

Un Libro Rojo que contiene los despachos relativos á las negociaciones entre Rusia y Japón, desde Junio de 1903 á Febrero de

1904, ha sido distribuido recientemente, con toda reserva, á un corto número de elevados personajes de San Petersburgo. A pesar de las precauciones adoptadas, el libro cayó en manos indiscretas, y el secreto se ha divulgado.

dero resultado de la guerra para cada uno de los dos beligerantes.

En los artículos siguientes y sirviéndonos de datos absolutamente fidedignos, relataremos con toda exactitud el proceso de las negociaciones debidas á la iniciativa de Mr. Roosevelt, y sobre las cuales tanto fantasea la prensa. (Nota del A.)

(1) Iniciadas negociaciones de paz entre Rusia y Japón, es de suma oportunidad conocer las negociaciones diplomáticas que mediaron entre ambas potencias antes de romperse las hostilidades, porque ellas revelan los secretos planes de una y otra y además permitirán apreciar, en su día, el verda-

Las negociaciones rusas estaban basadas en el principio de mantener Rusia sus derechos sobre la Mandchuria y reconocer otros iguales al Japón sobre Corea, aunque reservando por el momento dar á conocer estas intenciones al Japón. Seis semanas después de iniciadas las negociaciones, el almirante Alexeieff expresó su parecer contrario al de San Petersburgo, porque el Japón, valiéndose de su representante en Pekín y de numerosos agentes y espías provocaba la agitación en la Mandchuria.

El 25 de Septiembre de 1903, telegrafió el almirante: «Es imposible que Rusia avacue la Mandchuria sin que pierda influencia y prestigio. Las negociaciones con China en Pekín han sido infructuosas. Las negociaciones con el Japón son más apremiantes. El Japón tal vez admita que la Mandchuria está fuera de sus intereses, en el cual caso Rusia debería hacer concesiones en Corea. Rusia debe decidir primero la continuación de la ocupación de la Mandchuria, lo cual es sencillamente afirmar el actual estado de cosas. El éxito de las negociaciones depende del ministro ruso en Tokio, á quien debe decirse que Rusia está resuelta á defender sus derechos é intereses en la Mandchuria, por la fuerza de las armas si es preciso. Rosen es de mi opinión.»

El 8 de Octubre, 1903, Alexeieff dijo al Czar que era imposible llegar á un acuerdo con China sobre las cuestiones más interesantes de la Mandchuria, y recomendaba se retuviera la Mandchuria. Era imposible restablecer relaciones amistosas con China después de los sucesos del año anterior, aún devolviendo todo lo obtenido con tantas dificultades y á tanta costa. Rusia no debería permitir que los japoneses ocuparan el Norte de Corea, porque amenazarían la situación de Rusia en el Extremo Oriente. Expresando el deseo de evitar un conflicto, el almirante añadía que convenía adoptar las medidas necesarias para que fracasaran los ambiciosos planes del Japón.

El almirante Alexeieff telegrafió al Czar el 24 de Diciembre, 1903, que los japoneses se preparaban á la ocupación de Corea y á establecer el protectorado sobre este país, con el consentimiento del gobierno coreano. 15 ó 20 mil hombres iban á desembarcar, y toda la escuadra y el ejército se aprestaban á la guerra. Decía además el almirante que

los japoneses proyectaban la ocupación de las bocas del Yalu y de los caminos que conducían á la vía férrea, lo cual motivaría la retirada de Rusia y el abandono de Port-Arthur.

En vista de estos peligros, y del probable alzamiento de la Mandchuria, el almirante Alexeieff aconsejó la movilización de los distritos militares del Extremo Oriente y aún de la Siberia; la declaración del estado de guerra en la Mandchuria; la ocupación de las bocas del Yalu; el envío desde Europa á Yrkutsk de los cuerpos de ejército 10.º y 17.º, en pie de guerra; y que estuviese dispuesta la movilización de otras tropas. Además, convenía la declaración del estado de sitio en Port-Arthur y Vladivostok, y la terminación de las fortificaciones y artillado de ambas plazas.

Concluía el despacho diciendo que 22 transportes japoneses con tropas y artillería estaban listos para zarpar, y que en un momento dado el Japón podría embarcar inmediatamente tres ó cuatro divisiones.

El 26 Diciembre, 1903, el Czar ordenó al almirante Alexeieff la movilización en los distritos del Extremo Oriente, la declaración del estado de sitio en la Mandchuria, Port-Arthur y Vladivostok, y que adoptase otras medidas complementarias en previsión de la guerra. La ocupación de las bocas del Yalu solo debería llevarse á cabo en último extremo, por ser una resolución antipolítica.

En una conferencia celebrada en Tsarskoe Selo el 29 de Diciembre, 1903, el almirante Abasa se mostró de acuerdo con el conde Lamsdorff en que debía despejarse la situación y adoptar una definida línea de conducta. «Los orientales creen—dijo—que Rusia teme la guerra porque no le conviene; ¿cuál será el resultado si Rusia no acepta las proposiciones del Japón? ¿La guerra? El Gobierno Japonés debe comprender que la guerra entre Rusia y el Japón sería muy difícil, y pondría en peligro la existencia nacional del Japón. La ocupación de Corea, mostrándose hostil la población, costaría al Japón mucha sangre y dinero, y el Japón quedaría debilitado y empobrecido muy pronto. Los japoneses no son comerciantes ni colonizadores; son mercaderes en pequeña escala, pero no un pueblo comercial versado en los serios

compromisos comerciales de carácter internacional. Si ocupan la Corea serán vecinos nuestros, y nos será muy fácil aventajarles; dependerán de nuestro deseo, porque nuestras fuerzas los envolverán por tres costados. Debemos dejar que ocupen la Corea; Rusia protestará y tal vez otras potencias harán lo mismo. Para impedir la más remota probabilidad de guerra, Rusia debe reforzar sus fuerzas en el Extremo Oriente hasta el número ya aprobado por el Czar. En las negociaciones con un pueblo oriental, la fuerza debe estar siempre presta á entrar en acción.»

Después del Consejo, el almirante Abasa telegrafió al virrey diciéndole que el Czar permitía la ocupación japonesa de la costa occidental de Corea, incluyendo Chemulpo. El límite septentrional de la ocupación japonesa sería el que se acordara en ulteriores negociaciones; entre tanto, el límite permitido sería el marcado por las montañas que separan el Yalu del Tumen.

El 30 de Diciembre, 1903, el almirante Abasa, presidente de la Comisión de Asuntos Orientales, telegrafió al almirante Alexeieff los deseos del Czar; díjole que el emperador consideraba que cada año de paz era de enorme importancia para Rusia, y que por consiguiente Alexeieff debía esforzarse en evitar que estallase la guerra; su política sin dejar de ser firme, guardaría la mayor cortesía en la forma y desprecia-ría todos los detalles que no fuesen importantes. No se admitiría discusión acerca de la Mandchuria, porque este asunto era de la exclusiva competencia de China y Rusia. Rusia estaba deseosa de tener en cuenta los intereses comerciales del Japón y de las demás potencias, siempre que reconociesen la supremacía de aquella. Tampoco Rusia vería un *casus belli* en la ocupación japonesa del Yalu; al contrario, esa ocupación sería ventajosa á Rusia, porque haría convicto al Japón de haber violado las leyes internacionales.

El 3 de Enero, 1904, el almirante Alexeieff manifestó el parecer de que las negociaciones no terminarían pacíficamente; el tono del Japón era cada vez más provocativo, y las relaciones entre ambas potencias se hacían más tirantes por momentos. En consecuencia pidió instrucciones al emperador, haciendo notar que la cuestión coreana de-

bía ser estudiada en todos sus aspectos.

El 29 de Enero el Czar escribió de su puño y letra la siguiente nota: «Resuelto que los japoneses ocupen Corea, siempre que no se extiendan más al N.» Otra nota del Czar, del mismo día, dice: «Deseamos cerrar nuestros ojos al desembarco japonés, hasta Chemulpo inclusive; pero debemos determinar el límite que les debemos conce-



General Samsonoff,
jefe de la división de cosacos siberianos

der; de lo contrario surgirán complicaciones. Sería mejor que la frontera no estuviese muy al N.»

El 2 de Febrero, el Conde Lamsdorff dirigió á Alexeieff, por el intermedio de Abasa, un largo despacho conteniendo la respuesta de Rusia á la última nota del Japón. En el libro rojo se dice que este despacho y la respuesta de Alexeieff fueron detenidos por los telégrafos japoneses, y no llegaron á manos del barón Rosen hasta

después de la ruptura de las negociaciones diplomáticas, el 6 de Febrero. En el despacho se decía que Rusia aceptaría la neutralización del N. de Corea, terminando con este párrafo relativo á la Mandchuria: «Rusia respetará siempre los derechos del Japón y de las demás potencias, reconocidos por los tratados con la China; y el Japón, por su parte, considerará la Mandchuria y las costas mandchurianas, como fuera de la esfera de sus intereses.» Se decía también que aunque se concedía al Japón el derecho de ocupar militarmente la Corea, Rusia debía confirmar la cláusula por lo cual se obligaban ambas partes á no servirse del territorio coreano con fines estraté-



Campamento de reservistas rusos

gicos. El conde Lamsdorff expresaba la creencia de que el Japón aceptaría fácilmente estas proposiciones, encaminadas solo á que ambas potencias renovaran su declaración de mantener la integridad é independencia de Corea. Se reconocía la preponderancia de los intereses del Japón en Corea, el derecho del Japón de ayudar con sus consejos al gobierno coreano para mejorar la administración civil, la obligación por parte de Rusia de no entorpecer el desarrollo industrial y comercial del Japón en Corea y las medidas que adoptase el Japón para salvaguardar sus intereses, y se aceptaba el derecho del Japón á enviar tropas para proteger estos intereses y asegurar la tranquilidad pública.

En su deseo de evitar la guerra y á pesar de la retirada del ministro japonés en San

Petersburgo, el Czar telegrafió á Alexeieff el 8 de Febrero: «Conviene que sean los japoneses y no nosotros quienes comiencen las hostilidades. Si los japoneses no empiezan la guerra, no debeis impedirles que desembarquen en las costas orientales y meridionales de Corea, hasta Gensan inclusive; pero si su flota, con ó sin invasión, pasa del paralelo 38—entre Seul y Pin-Yang y un poco al S. de Port-Arthur—teneis el derecho de atacarla sin aguardar que se dispare el primer tiro. Deposito en vos mi confianza; que Dios os ayude.»

Más que posible es probable que no sean enteramente exactos todos los detalles que

preceden, porque la persona que los copió del Libro Rojo no lo tuvo mucho tiempo á su disposición. Pero en su conjunto el relato que antecede lo creemos auténtico, porque la prensa de Londres, la de Berlín y la de Viena están de acuerdo, con ligerísimas discrepancias, en el tenor de las referidas negociaciones. La publicación de las mismas ha promovido gran revuelo en San Petersburgo, donde se practican severas pesquisas para averiguar quién ha sido el que violó el secreto; pero no se ha desmentido oficialmente, ni oficiosamente, la exactitud de lo expuesto.

Se ve por lo dicho cuán torpe anduvo la diplomacia rusa; de acuerdo el Czar con el fondo de las pretensiones japonesas, los diplomáticos que le rodeaban creyeron que la aquiescencia inmediata de Rusia sería

interpretada como signo de debilidad, y confiando en el poderío militar del imperio obraron persuadidos de que el Japón no se atrevería á declarar la guerra. En lugar de tomar un camino franco y directo, bien en sentido de la paz ó en el de la guerra, los consejeros de San Petersburgo reservaron para si mismos su conformidad con los deseos japoneses, y perdieron el tiempo poniendo pequeños reparos y dificultades á las pretensiones del gobierno de Tokio, pretensiones que fueron gradualmente en aumento. Tendría explicación tan torpe proceder si desde el verano de 1903 Rusia hubiese reforzado las guarniciones militares de la Mandchuria y acumulado allí sus medios

de las tropas de la Mandchuria y no se preocupaba de reforzarlas, y comprendiendo que después de la ocupación japonesa de Corea habría una frontera terrestre entre ambas potencias, lo que pondría en lo futuro en grave peligro á la más débil, el Japón, llevó sus ambiciosas miras á la Mandchuria, quiso, de acuerdo con Inglaterra, imponerse á la China, que ofrecía ancho campo á sus planes, y provocó la ruptura, llegando á ella en cuanto estuvo preparado para la guerra.

Demostráronse una vez más las leales y pacíficas disposiciones del Czar; pero, como siempre ocurre, la torpeza de unos pocos sumió en la aflicción á dos naciones pode-



Capilla de campaña de la Cruz Roja rusa

de combate; pero lejos de obrar así, permaneció en el más *dolce far niente*, sin advertir que á medida que los japoneses se mostraban más exigentes completaban y ultimaban sus preparativos militares, resueltos como estaban á la guerra.

En suma, Rusia quería afianzar su situación en la Mandchuria y admitir la preponderancia japonesa en Corea; esto mismo pretendía el Japón, y es casi seguro que se habría llegado á un completo acuerdo, si antes del otoño de 1903 el gabinete de San Petersburgo no hubiesen velado su pensamiento con reticencias y distingos. Más tarde, comenzó Rusia á ceder, pero ya no era tiempo de evitar el conflicto. Viendo el Japón la imprevisión y el descuido de Rusia, que tenía punto menos que abandona-

rosas causando males sin cuento é innumerables víctimas.

F. LARÍN

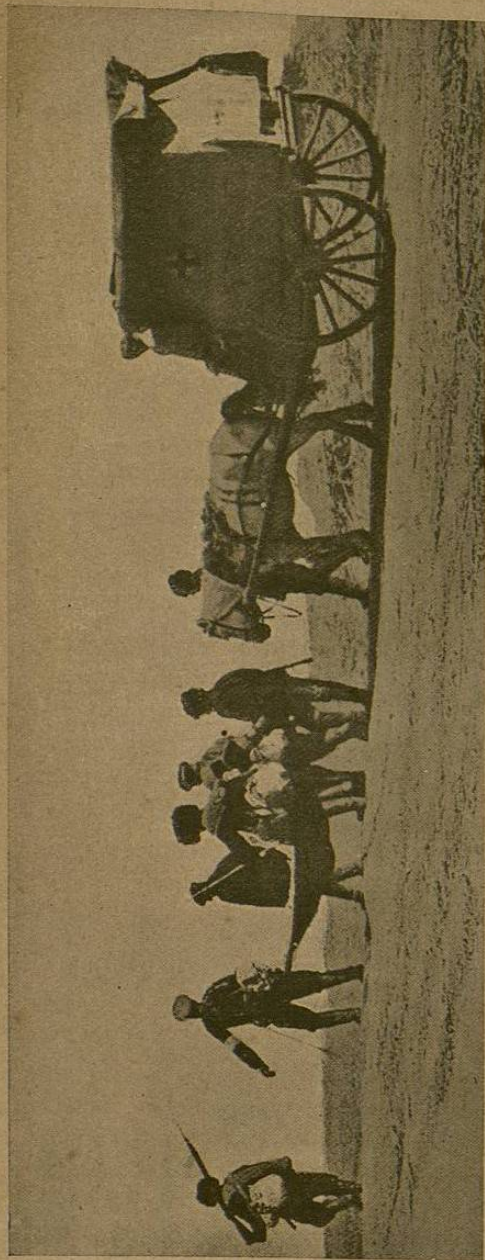
LA GUERRA DEL EXTREMO ORIENTE

Y LA CRÍTICA DE «THE TIMES»

LA GUERRA RUSO-JAPONESA fué el primer periódico del mundo que sostuvo que Kuropatkin sufrió un grave error cuando la batalla de San-de pu ó de Hei-ku-tai, no apoyando la ofensiva de Gripenberg, y conservando en actitud pasiva é indiferente el centro y la izquierda de su ejército; digimos también que Gripenberg estuvo acertado en el ataque, si bien debió interrumpirlo al verse reducido á sus propias fuerzas, y que demostró mayor conocimiento del enemigo

que Kuropatkin; y, por último, que los rusos tuvieron la victoria en sus manos y la abandonaron por apatía y excesiva prudencia.

La prensa inglesa y la alemana, y en particular los críticos militares, atacaron en aquella ocasión con gran violencia á Gri-



Después de la batalla: en busca de heridos

penberg, y sostuvieron que la ofensiva rusa no podía conducir á ningún resultado útil. Poco á poco, sin embargo, y á medida que se fueron conociendo los detalles de aquel hecho de armas, la opinión reaccionó y comenzó á hacer justicia á Gripenberg. El redactor militar de *The Times*, que se distin-

guió enre todos por sus censuras á Gripenberg, no modificó su manera de sentir ó por lo menos sus juicios escritos, y continuó zahiriendo á aquel caudillo.

Pues bien, en *The Times* del 14 de Junio figura una correspondencia de su corresponsal en el ejército japonés, de la cual son los siguientes párrafos, refiriéndose á la situación en los días que precedieron á la batalla de San-de-pu:

«Al O., los trabajos de defensa de los japoneses no se extendían más que hasta la vía férrea... En las llanuras que hay entre los ríos Sha y Liao, las patrullas de caballería japonesa tenían como reserva una pequeña fuerza de infantería y varios cañones. Este era el punto débil en el que Gripenberg fundaba el éxito de su movimiento envolvente en los últimos días de Enero, ejecutado antes de que las tropas de Port-Arthur reforzaran el ejército japonés. Seguramente la victoria de los rusos estuvo mucho más próxima de lo que generalmente se ha supuesto. A la sazón, el total de las fuerzas rusas superaba de fijo á las japonesas en 100.000 hombres; no solo Oyama no había aun recibido los refuerzos de Port-Arthur, sino que el inmenso número de reservistas que tomaron parte en la batalla de Mukden empezaba apenas á llegar. Su alimentación é instrucción resultaban más económicas en el Japón que en la Mandchuria. Al oponerse al ataque de Gripenberg, operación que Oyama dirigió personalmente, el generalísimo japonés tuvo la ventaja de maniobrar en la línea interior, y llamó en su auxilio las reservas de Nodzu y de Kuroki, gracias á la negativa de Kuropatkin de hacer intervenir todas las fuerzas rusas... Tres batallones habían sido apostados en las colinas de Witu-san y Tu-ti-san—delante del centro ruso—con orden de defenderlas hasta perder el último hombre. Estas tropas quedaron solas en aquel punto cuando las reservas de Kuroki se dirigieron á Hei-ku-tai. Como solo el Estado Mayor conocía este hecho, los japoneses tuvieron la seguridad de que Kuropatkin no se había dado cuenta de la situación».

Por lo demás, no nos sorprende la actitud del redactor militar de *The Times*, empeñado en hacer obrar torpe y desacertadamente á los rusos, aunque para ello se ve impulsado á emitir juicios y apreciaciones que le

acreditan poco de sagaz y de imparcial. Estudiando la situación creada por la derrota naval del mar del Japón, el referido escritor expone las siguientes tendenciosas apreciaciones que no necesitan comentarios, pero que demuestran cuánta cautela ha de desplegar el lector, para no dejarse guiar por intencionados y solapados artículos que ven la luz en los más acreditados periódicos:

«Nuestro corresponsal en Tokio ha revelado al mundo el formidable carácter de los preparativos japoneses para continuar la guerra en tierra, y un corresponsal con el general Kuroki declara que nunca, desde que la guerra comenzó, ha alcanzado el ejército japonés tan alto grado de perfección como ahora. Aunque el príncipe Khilkoff, el único hombre aparte de Kondratenko que esta guerra ha producido en Rusia, abriga aun esperanzas, y el general Linevitch pueda todavía reunir á su alrededor unos 300 mil hombres, ha pasado ya el tiempo de que el número de los rusos, en relación con el de sus enemigos, signifique algo. El Japón ha demostrado imperativamente lo que digimos, principalmente que es capaz de derrotar al más numeroso ejército ruso que el transiberiano puede mantener, y si Linevitch aun no está convencido, quedará desengañado en cuanto se atreva á probar fortuna en un combate.

»Dada la destrucción de la flota del Báltico, Vladivostok cesa de tener ningún valor para los rusos. Lo mejor que Rusia puede hacer, cuando comience el avance japonés, es ordenar á los pocos cruceros que quedan en la bahía que salgan fuera y procuren escapar; arrasar las fortificaciones, destruir todo lo que no pueda ser retirado, é incorporar al ejército de operaciones los 35 á 50 mil hombres acuartelados en Vladivostok. Pero si Rusia desea aumentar los laureles del Japón, debe obrar de modo contrario, y los japoneses se apoderarán de Vladivostok con toda comodidad, sin repetir los costosos asaltos de Port-Arthur, en lo que no tendrían razón ni excusa».

J. A.

EN DEFENSA DE ROJDESTVENSKY

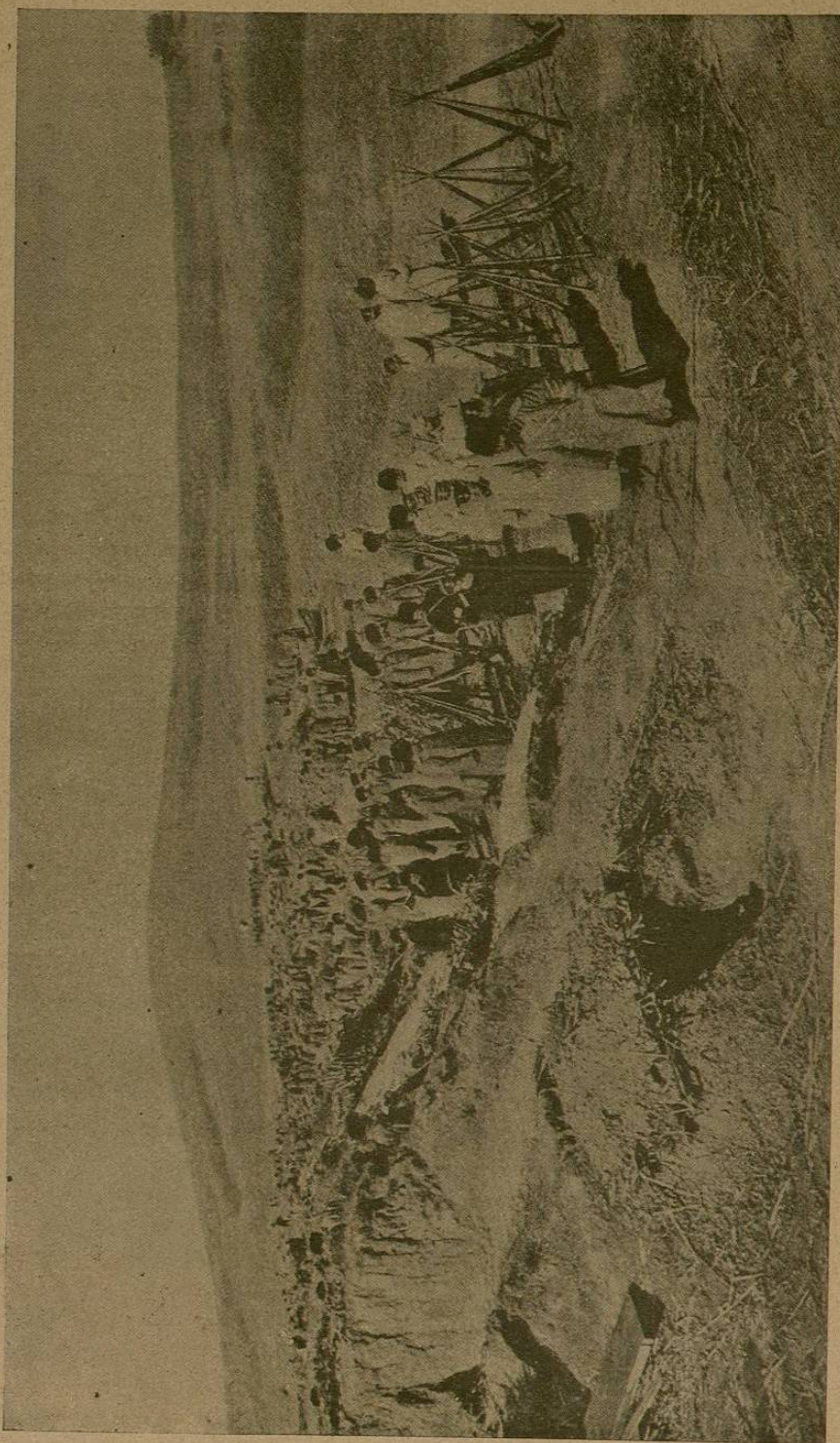
Ninguna derrota ha sufrido Rusia que pueda compararse, por su magnitud y tras-

cendencia, con la del estrecho de Corea, y siendo ésta de las que dejan huella indeleble en el curso de los acontecimientos, estudiándose sus causas con criterios muy apasionados, á fin de descubrir un culpable que asuma por entero la responsabilidad de la catástrofe. El almirante Rojdestvensky es hoy blanco de censuras muy duras por parte de algunos críticos que en la incapacidad del almirante ruso pretenden adivinar el motivo determinante del fracaso del plan de restablecer en el Extremo Oriente el indispensable equilibrio entre la acción de las fuerzas terrestres y la de las navales.

Son muchos los que piensan que hubiese resultado mucho más conveniente á los intereses de Rusia el conservar la escuadra en aguas de la Indo-China en actitud amenazadora, en vez de afrontar la batalla decisiva, sin grandes seguridades de éxito. Fuera esto completamente exacto, si en cualquier punto de las costas del mar de la China hubiesen tenido los rusos una base de operaciones. Pero, á menos de no provocar gravísimas complicaciones internacionales, no se podía abusar por más tiempo de la benevola neutralidad francesa, y ni un día más podía prolongarse aquella situación á la expectativa. Rojdestvensky se vió, pues, obligado á tomar rumbo hacia el Norte; envolvió prudentemente la isla de Formosa por el Este, y desembarazándose de la impedimenta de sus transportes, que escoltados por algunos cruceros auxiliares debían procurar ganar el puerto de Vladivostok á través del estrecho de Tsugaru, continuó con el núcleo combatiente de la escuadra en derechura al estrecho de Corea. Esta resolución de Rojdestvensky es la que más se ha vituperado, alegando que debió seguir la ruta del convoy de transportes y no caer en la ratonera del estrecho de Corea donde el enemigo tenía preparado el campo de batalla y sabría sacar gran partido de la proximidad de sus costas.

Para comprender la injusticia de tales inculpaciones, conviene hacerse cargo de la situación en que se encontraba Rojdestvensky. El número de sus unidades combatientes y el de sus piezas de grueso calibre era superior al de los japoneses, lo cual favorecía el combate en alta mar. Ciertamente que existía en contra de los rusos una desproporción muy considerable entre el número

de torpederos de una y otra escuadra (12 los rusos y 70 los japoneses); pero en el curso de la guerra el torpedero había juga-



El general Sarubaleff revistando su cuerpo de ejército durante la batalla de Mukden

do hasta entonces un papel muy secundario, y las grandes pérdidas sufridas por ambas partes se debían sobre todo á los efectos

de la artillería y á las minas submarinas, de tal modo, que la falta de aquella clase de embarcaciones no bastaba para justificar

una conducta tímida. Y en último término, suponiendo que esta deficiencia fuera causa poderosa para que Rojdestvensky con todos

sus barcos, incluso los 50 transportes esquivara por el momento el choque y emprendiera rumbo hacia el Pacífico, ¿podía alentarse esta solución esperanzas más lisonjeras?

Togo no hubiera abandonado en este caso la línea interior del mar del Japón, puesto que tenía la seguridad de que, sin forzar la marcha, cerraría en el estrecho de Tsugaru el paso á la escuadra rusa, quebrantada ya y desconcertada por los repetidos ataques de los cruceros rápidos y de los torpederos que en su seguimiento hubiese destacado el almirante japonés. La batalla era por consiguiente inevitable en uno ú otro estrecho, pero en el de Tsugaru las condiciones de la lucha habían de ser mucho más fatales para los rusos, que después de una lenta travesía de 900 millas á la vista de las costas enemigas y obligados á detenciones y maniobras frecuentes para proteger su convoy de transportes, quedábales la incertidumbre angustiosa de chocar en el paso que separa las islas de Nippon y de Yesso con las minas submarinas que los japoneses establecieron y de las cuales estaba libre, y tenía que estarlo sin duda alguna, el estrecho de Corea.

El almirante japonés se encontraba hacia semanas en la rada de Masampo dominando directamente el canal de Broughthon entre la costa coreana y la isla Tsushima. Parecía natural que Rojdestvensky, resuelto á abordar al enemigo, tomara la dirección de aquel canal; sin embargo no debe olvidarse que su principal objetivo era Vladivostok. Romper con sus buques de poco andar la línea de batalla enemiga era una temeridad, y así prefirió, con mayor acierto, embocar el estrecho de Krusenstern, entre Tsushima y Nippon, á fin de envolver al enemigo y procurar que sus unidades más potentes siguieran la marcha al NE., mientras que los demás buques entablaban el combate. Requería este plan gran rapidez en la maniobra y sorprender al enemigo; mas para que tales condiciones primordiales de éxito se cumplieran era preciso disponer de excelentes barcos, de comandantes muy expertos y de tripulaciones bien instruidas. No se atrevió, con razón Rojdestvensky á ordenar la marcha de noche con las luces apagadas á través del estrecho de Krusenstern, al propio tiempo que para desorientar al enemigo lanzaba por el canal de Broughthon todos sus cruceros auxiliares; tampoco consiguió en

su derrotero salir del estrecho y apartarse de la costa antes de empeñar la batalla, y para colmo de su desgracia se disipó en las primeras horas del memorable día 27 de Mayo la niebla que ocultaba sus movimientos.

La marcha en columna doble, colocando á su izquierda los barcos de inferior clase, y á la derecha los más fuertes, entre ellos los cuatro nuevos y potentes del tipo *Borodino* correspondía perfectamente á los propósitos estratégicos del almirante ruso. Quizá hubiera sido conveniente reforzar la columna de la izquierda, destinada á cubrir y



General Tizengauzen, jefe de Estado Mayor del 17.º cuerpo

proteger la huida de la otra, con los acorazados de 2.ª clase *Sisoi Veliky*, *Navarino* y *Nicolai I*, de poca marcha y bien artillados. De todas maneras, la maniobra podía considerarse fracasada desde el momento en que un adversario como Togo fué avisado de ella. Poco después de medio día era atacada la cabeza de la columna de la derecha y la línea envolvente japonesa concentraba sobre las dos líneas de fila rusas un fuego sumamente eficaz, que dificultó mucho á Rojdestvensky las evoluciones para rebasar el flanco izquierdo japonés. Con estas maniobras los buques rusos se aproximaron aun más á la costa de Nippon y entonces